



Autor: **Jorge García Espinosa**

Obra: **Dos pares de pies**

Dos pares de pies (cuatro en total, para dudosos e ignorantes de la vida en general) pisaban el marmóreo y resbaladizo suelo del ruinoso psiquiátrico de San Farileandro en la oscura lobretez que en el pasillo reinaba. El silencio era el faltante, pues los dramáticos e inhábiles trompicones circenses que los fugitivos protagonizaban debido a un reciente fregado provocaban un estrépito que nadie parecía escuchar. -Auspicio, a nuestra libertad bastan ridículas zancadas. Cuidémonos de Basilia, que dicen que de oído fino cuenta-, le susurró al de la derecha (mirado desde delante y boca abajo).

Doblaron la esquina y, en su despacho, la vigilante, con baba en papada, dormitaba a sus anchas mientras la televisión, encendida, mostraba imágenes de la importancia mundial de los líquenes. Aun si la Filarmónica hubiera tocado, la única respuesta obtenida habría sido la de sus ronquidos, que hacía de dos en dos estridentemente, como si de la berrea se tratase.

De este modo, llegaron a una de esas puertas que tanto les aterraban, que, como si por alguna siniestra magia funcionaran, se abrían a tu llegada, y que a la fuerza debían traspasar. Así que, con sus batas ondeantes, que con todo ingenio llevaban al revés, pensando así que no tendrían que preocuparse de ocultar sus traseros, mas sin percatarse de su imagen delantera; cruzaron corriendo la puerta con ojos y oídos tapados tarareando canción cualquiera, tal que niños. Fue correr y trepar el muro, con el mismo ingenio que el de antes, y conseguir la meta que habían anhelado desde que fueron ingresados.

-¡Lo conseguimos Ambrosio!

-¡A mis brazos! -replicó el uno y no el otro.

Ambos personajes se abrazaron y recordaron sus desgracias personales mentalmente.

Ambrosio, de avanzada edad, era antes profesor y desde siempre loco. Aficionado a la colección compulsiva de mondadientes usados y tapas de pasta de dientes, caféinómano y ferviente adorador de la cleptomanía y de la clasificación de cefalocordados varios, había estado casado con su (para nada) amada y para él sufrida Eufronia, quien falleció a causa de un infarto que padeció por la sorpresa de haber ganado la BonoLoto una tarde de domingo. Su cordura, hasta entonces medianamente contenida, se desató hasta el punto de que su vecino, ahíto de oírle cantar a voces a altas horas de la madrugada éxitos de Amaya Montero y Mecano,

y boleros y serreranillas regionales como si una solitaria joven enamorada fuese, le llevó un día al centro de salud mental más cercano, donde le hizo firmar unos papeles para que pudiese conocer en persona a Rihanna, siendo acto seguido recluso.

Por otro lado, Auspicio, podador de altura, había sido acusado de cometer disparates desórdenes públicos, entre los que se contaban bajar por las escaleras semidesnudo subido en un carrito de la compra o desacato a guardias civiles al haberle multado por venta ilícita de chupetes y triciclos hurtados. Así acabó en juicio, donde se consideró que lo preferible sería internarlo en San Fernando, hasta su próxima recuperación.

Ambos se sentían confundidos, pues no habían llegado nunca a comprender qué mal habían hecho para merecer aquello. Con actitudes resentidas y heridas, se despegaron el uno del otro lentamente evitando que se notaran sus amargas facetas y decidieron buscar un lugar cercano donde reposar la cabeza. Caminaron por el arcén de una carretera secundaria poco transitada que llevaba hasta el pueblo más cercano, donde encontraron un hostel con cartel de neón en su fachada. Antes de entrar, pensaron que les convenía algo de ropa, pues un frío seco dominaba la noche. Se colaron en el patio de la primera casucha que vieron y robaron del tenderete lo que prontamente vieron, antes de que la ruda dueña de la casa, recién despertada, les amenazase con la fregona. Quedaron así vestidos de lo que parecían pijamas abombados, con dos trapos para cubrirse la cara. Con apariencias estafalarias, se presentaron en el recibidor del hotel, donde un campechano hombre les miraba con extrañeza. -Buenas noches -dijo Ambrosio, con un acento que pretendía hacer pasar por árabe-. Al sultán le gustaría hospedarse en su antiestética posada. El individuo, inculto e ignorante, pensó que, con que pagasen, igual le daba quienes fueran.

-Son veinticinco euros la noche, le informo.

Ambrosio, comportándose como el escolta del afamado, supuesto sultán, le animó a que contemplase lo que tenía en la mano, que bien le iba a pagar. Una sonada bofetada con la mano abierta se llevó el humilde ser, que, con los ojos abiertos e incapaz de reaccionar, se dejó robar la llave.

-¡Habrase visto peor grosero engreído! ¡Que del sultán de Nueva Zambia estamos hablando, hombre de Dios!

De una seña, avanzaron corriendo ante los incrédulos ojos del hombre y subieron las escaleras que conducían a unas escasas habitaciones. En la más inmunda, se encerraron y celebraron su huida. En cambio, Aureliano, el dueño del hostel, tras recobrar el entendimiento, decidió darles su merecida reprimenda a esos truhanes que le habían burlado y agredido. Fue así como salió a la calle y se dirigió al domicilio del alcalde, que era conocido por su colérica actitud y por su tradicionalismo más rural.

— ¡Señor Fulgencio, abra usted la puerta, por lo que más quiera, que unos empresarios árabes han llegado a mi hostal y de oídas me he enterado de que planean la construcción de una nueva línea de AVE que cruce nuestras tierras!

— gritó desde fuera.

Fue oír el famoso acrónimo para que la puerta se abriera de un fuerte coz y apareciese en el umbral un anciano con un bigote hecho pequeños lazos de colores, costumbre que tenía para dormir, y en pijama; con escopeta en mano y mirada homicida.

Y por nada habría que negar que, no tan rápido como salieron, sí volvieron, tanto Ambrosio como Auspicio, de vuelta al psiquiátrico, detrás del anciano en alpargatas que, con su ojo experto en la mirilla, practicaba su fina puntería. Y nunca entendieron, ¡cruel injusticia!, si no estaba el mundo más desquiciado que ellos dos juntos.

Por fin, esos dos pares de pies se alegraron por pisar de nuevo el mármol y resbaladizo suelo de su querido San Farileandro en la oscura lóbreguez que en el pasillo reinaba.